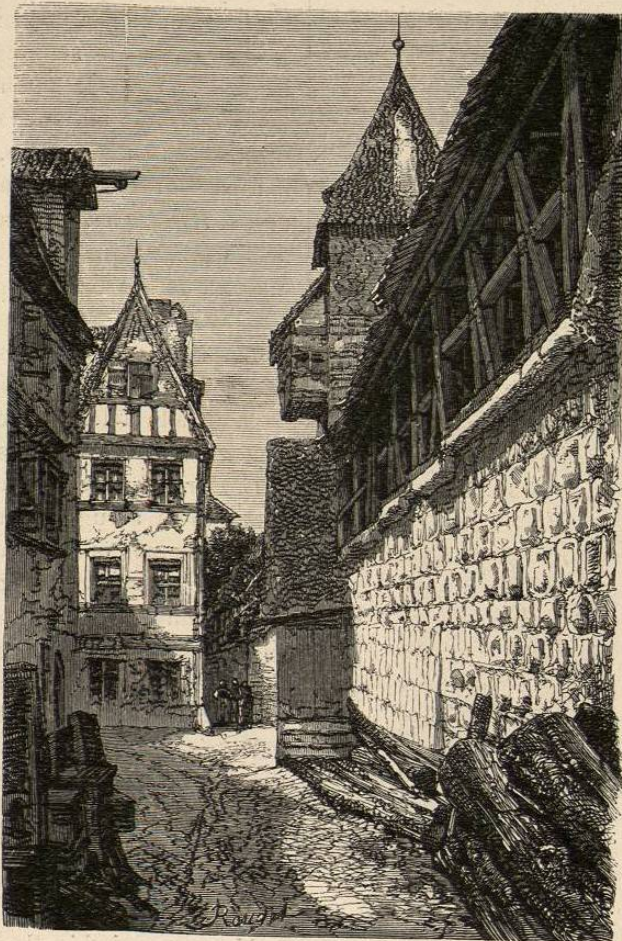


hay un tilo piantado, según nos dijo, por la emperatriz Cunegonda. Antiguamente en los días de gran fiesta se venía á bailar bajo este árbol que cubría con su sombra todo el patio. El mismo día en que el padre de Alberto Durero vino á establecerse en Nuremberg, el patricio Felipe Pirkheimir celebraba sus bodas bajo este tilo. Alberto Durero, padre, era

platero, y él mismo dió las primeras nociones de arte á su inteligente hijo.

Las estatuas que rodean el tronco del tilo son muy modernas y representan emperadores. La de Wenceslao es para mi gusto la mejor y es de barro como las otras: es probable que se propongan fundirlas en bronce.



Camino de ronda cerca de las murallas.—De fotografía.

En el interior de la torre de los Paganos, visitamos dos capillas de estilo romano, situadas una detrás de otra. La mas baja, dedicada á Santa Margarita y construida á principios del siglo XI, estaba antiguamente abierta al público. En la actualidad está llena de objetos de arte en desorden y la arañas tejen allí en paz sus telas. La de Ottomar que estaba reservada á la familia imperial y á la corte está adornada de obras interesantes, pinturas y bajo-relieves en madera y en piedra. Aquí veo una bella escultura de Fite ó Weit-Stoss, representando un *Juicio final* cuya fecha es de 1490. Fite-Stoss vino de Cracovia á Nuremberg en 1486. Se le cita con frecuencia como inventor del grabado en madera; pero como dice Julio

Renouvier, «las raíces de la invención están siempre mas profundas de lo que se cree.»

Los compartimientos del castillo se componen de una serie de piezas pequeñas é irregulares guarnecidas de muebles modernos para el uso de los reyes de Baviera, cuando vienen á pasar algunos días al Burg. Por aquí y por allá se encuentran algunos cuadros antiguos de los maestros Martin Schoen, Lucas Cramach, Wohlgemuth, Burgkmair, etc.

—¿Interesa á usted ese castillo? me preguntó el joven inglés.

—Debiera interesarnos, le contesté. Si nos deja frios, la culpa es solo de nuestra memoria ó de nuestra imaginación. El castillo nos habla; pero nosotros

no lo entendemos. Piense usted que es un héroe que ha vivido lo menos ocho ó nueve siglos. Y pudiera haber vivido diez y nueve, á creer la tradición que hace datar del tiempo de Tiberio Neron la torre pen-

tagonal que vemos desde esta ventana. Pero está bien reconocido que el amigo de Bruto y padre del infame Tiberio no tiene nada que ver aquí; y si es preciso que Nuremberg, *nurn* signifique algo, mas pru-



El Burg, visto desde los fosos de la ciudad.—De fotografía.

dente es referirlo á los germanos de Franconia, los *noriques*, que al desdichado republicano de Roma, cuya mujer Libia se unió al astuto Augusto y cuyo hijo deshonró hasta la tiranía. El alma del Burg, si queremos dársela, ha cambiado muchas veces de nombre. Mire usted ese cuadro en que se ha tenido cuidado de inscribir todos los emperadores que han habitado aquí desde Enrique III el Negro, el Barbudo, el Viejo (1150) hasta el amable y algo loco

Luis I de Baviera, nuestro contemporáneo. ¡Qué lista!

El joven se conmueve al oír ciertos nombres, que le recuerdan muchos y grandes episodios dramáticos. Detiénese en el del sitio de 1632 en que el hambre solamente mató diez mil ciudadanos de Nuremberg y busca conmigo á lo lejos la dirección del sitio en que acampó Wallestein por detrás del Regnitz. Acaba de encontrar un punto, desde donde domina una be-

lla perspectiva; abre su álbum y afila su lápiz. Yo me separo de él cambiando un saludo.

Su situación es ir á buscar á su ayo, y caso de no encontrarlo, acabar solo su vuelta por Alemania en la noble compañía de Homero y de Virgilio.

23 de setiembre.

Mi viaje á Nuremberg ha concluido, como el de la vida, por una visita al cementerio.

Hacia el medio día fuí á colocarme ante la estatua del caballero Martin Koetzel, que decora el ángulo de la casa, llamada de Pilatos, en frente de la de Alberto Durero. No se ignora la historia de aquel caballero, hombre de conciencia, si los habia, que fue dos veces á Jerusalem con el fin de medir exactamente el camino que siguió Cristo con la cruz á cuestas. A su vuelta trazó otra de la misma longitud entre su casa y el cementerio de San Juan. Siete bajo-relieves de Adam Kropp marcan las estaciones de esta *via dolorosa* de Nuremberg.

Algunos de estos cuadros de piedra están incrustados en las paredes de los jardines: los dos últimos están aislados y sostenidos por pilares á la orilla de las huertas, que proveen á la ciudad de legumbres. Y todas ellas son vigorosas esculturas de un efecto muy pintoresco. El artista no omitió nada para dar á su trabajo toda la perfección posible; pero se siente el esfuerzo. El estilo es duro, las figuras cortas; sin duda tomó por modelos algunos hombres de Nuremberg y así que hasta los vistió como ellos. De cualquier manera, preferibles serian sus copias á las detestables estatuas que bajo el punto de vista del arte deshonran los pilares de nuestras iglesias.

El aspecto del campo santo es de una singular monotonía. Todos los sepulcros son iguales: no se levantan del suelo mas que dos pies, y tienen casi la forma de algunos baules de la edad media, sin otro adorno que un doble realce en los costados.

Una sola piedra grande domina este valle de Josafat: es un pilar de 7 á 8 metros de altura, que sostiene una apariencia de edículo, erigido á la memoria del patricio Alexis Munzer. Cada sepulcro tiene su respectivo número. Mi *taschenbuch* me advirtió que el de Alberto Durero está marcado con el número 649 y con esta guía creo que nada es mas fácil que encontrarlo. La consecuencia seria acertada, si el ordenador del cementerio hubiera sido tan metódico como el excelente caballero Martin Koetzel. Me acordaré siempre de mis investigaciones en *San-Johannis-kirchhof*. He perdido bastante tiempo en descifrar los epitafios de los innumerables patricios que parecen haber sido desde tiempo inmemorial los huéspedes privilegiados de este cementerio.

Esta ostentación de títulos de nobleza, blasones, cascos, penachos, armas, pretenciosas divisas, son cosas tan evidentemente opuestas al verdadero espíritu del cristianismo, que su vista no solo es desagradable, sino que hacen nacer malos pensamientos. Está uno tentado de preguntar á la muerte:—¿Pienzas acaso que has de conservar ese escudo entre los bienaventurados, ó que te servirá de defensa en el infierno contra las iras del diablo?

Mientras que yo divago inútilmente de sepulcro en sepulcro con la vista deslumbrada por los rayos del sol que me abrasan, un coro de frescas voces se deja oír en una iglesia situada en medio del cementerio, al principio suaves, luego fuertes y con una brillantez que llenan los aires de armonía. Voy á la puerta de la iglesia y veo que son veinte y cinco ó treinta niñas de doce á catorce años, que vestidas de blanco y sentadas, cantan ante un altar cubierto de flores. Espuesto al ardor del sol, experimento una deliciosa impresión de frescura: del fondo de aquellas almas candidas viene aquel soplo misterioso que me envuelve un momento como la sombra de un bosque.

Vuelvo á emprender mi camino al través de las callejuelas de aquel inestricable laberinto. En mis investigaciones encuentro los nombres del poeta Grubel (1809), de W. Pirkheimer (1530), del doctor Link que promovió á Lutero al doctorado, de Veit Stoss (1591), finalmente descubro el núm. 649. La piedra no difiere de las otras. En la cabecera se ve una especie de almohada de piedra, sobre la cual y encima del monograma bien conocido de Alberto Durero, se lee esta sencilla inscripción:

«TODO LO QUE HABIA DE MORTAL
EN ALBERTO DURERO, SE ENCIERRA
EN ESTE SEPULCRO. EMIGRÓ
EL 8 DE AGOSTO DE 1528.»

A la estremidad del cementerio están los sepulcros mas recientes, completamente rodeados de guirnaldas, de hojas y flores.

Un pequeño edificio hay inmediato á estos sepulcros. Muchas mujeres miran ávidamente por los vidrios. Yo tambien cedo á un movimiento de curiosidad, que mi instinto debiera haberme evitado. Acaso sea, me dije, un retablo, una pintura, una estatua. Pero muy luego descubro una serie de ataúdes colocados como lechos. Encima de cada uno de ellos pende un cordón de campanilla. En el segundo ataúd hay tendida una jóven de unos catorce años envuelta en un sudario bordado: su cara es visible al través del velo que la cubre; su amarillo rostro está entumecido, su blanca y yerta mano se suspende al anillo de uno de aquellos cordones: á una sola mirada, he distinguido hasta los menores detalles de este triste

cuadro y me retiro bruscamente. Las campanillas son seguramente precauciones para esos casos de letargo que se escapan á la ciencia médica.

Saliendo del cementerio, me pregunto, si aquella jóven muerta no podria ser una figura de cera que sirviera solamente para esplicar al público la costumbre de estas exposiciones y el uso prudente de las campanillas. Esta suposición me reanima y me guardo bien de ir á cerciorarme.

Anuncio á Mr. Galimberti mi partida. Uno de los alojados en su hotel, sentado junto á una ventana, donde lee todas las mañanas los periódicos, se vuelve hacia mí y me dice en buen francés:

—Monsieur, usted no ha podido ver á Nuremberg en tan pocos días: muchos meses no serian acaso suficientes.

Yo hice una señal de asentimiento y él continuó diciendo:

—Monsieur, usted habrá visto grandes cosas, monumentos, iglesias, museos, casas; pero ¿y las cosas pequeñas, las curiosidades? ¿Ha visto usted la cabeza de Cunegonda, la herradura del caballo de Epelein, el gorro de seda negro de Lutero, el vaso del doctor Jonás, el árbol que florece todos los siglos, el carruaje de Juan Haustch, que anda solo, el signo de Nuremberg ó el anillo que se mueve, el cuadrante de Stabibus, el clarinete de mi amigo Jobst, el subterráneo de los señores, los doce estanques, el Rosenau?

Y todavía continúa su relación por algunos minutos, concluyendo sin esperar mi respuesta, con toda esta resolución.

—No. Entonces, señor mio, no ha visto usted nada, como dije al principio.

Yo le concedo con toda sinceridad que salgo en efecto de Nuremberg ignorante de todas esas cosas. Pero no son esas curiosidades las que mas sentiré no ver. Si hubiera podido prolongar mi residencia en *Rothe Ross*, habria estudiado mas de cerca las artes de Nuremberg para formar una idea mas completa de lo que les da, segun los alemanes, un carácter tan particular. En las iglesias y casas de esta privilegiada ciudad, dicen, se encuentran los principios que presidieron al desenvolvimiento de la arquitectura de la edad media. Es una pretensión harto orgullosa, y no me admiro que escandalice y aun irrite hasta la injusticia á algunos de nuestros arqueólogos franceses. La ojiva es incontestablemente uno de esos *grandes principios*. En San Sebald, la iglesia típica, se ven ojivas de dos épocas, del siglo XII y del siglo XVI. Mr. Fortoul, que tenia ciertamente el sentimiento de la arquitectura, como me lo han dicho

mas de una vez MM. Leon Vandoyer, Duc, sus amigos y los míos, Mr. Fortoul, digo, juzga estas ojivas bajas, oprimidas, informes, y las segundas completamente desfiguradas por la decadencia. Mr. Viollet-le-Duc declara sin ambages que los nurembergos como los demás alemanes del Norte tomaron de Francia el principio ojival, pero sin comprenderlo. Nuestro colega y malogrado amigo Julio Renouvier, que no era tan absoluto, halla que reprimir en las artes de Nuremberg demasiada preocupación en los detalles materiales, sequedad, pesadez. Sea cualquiera el valor de sus opiniones, puede uno consolarse de no haber podido profundizarlas con los recuerdos de Krofft, Vischer, Labenwolf, Wolgemuth y otros.

Los viajeros ¿no deben tener ojos mas que para las artes? Esto seria parecerse á los hombres que solo estiman en las mujeres la belleza. Yo hubiera querido tambien visitar los establecimientos de utilidad pública y de beneficencia que son numerosos en Nuremberg, y algunos de los cuales han precedido mucho á los ensayos que se hacen actualmente en Francia y en Inglaterra para generalizar el gusto en las clases obreras y perfeccionar la educación profesional, entre otras la Escuela de arte y de industria, el Instituto de enseñanzas técnicas, la sociedad Teresa fundada por las mujeres de los miembros de la Sociedad agrícola, etc.

Hubiera finalmente querido estudiar con tiempo sobrado en los jardines, en los círculos, en el interior de algunas casas la fisonomía moral y el verdadero espíritu de los ciudadanos. Imagino, en virtud de lo poco que he visto, leído y oído, que no se estará mucho tiempo en la vieja patria del buen Hans Sachs sin aprovechar el ejemplo de mas de una buena cualidad transmitida de lejos y ciertas virtudes de fondo practicadas con una sencillez que tienden al parecer á borrar en otras partes la influencia de las largas discordias sociales, la emulación excesiva del lujo y la costumbre poco sincera de exaltar el espíritu y la delicadeza (mérito de zorros como dice Bernardino de Saint-Pierre) á costa de la honradez y del buen sentido.

Hoy domingo se han suspendido esteriormente en las paredes de las iglesias protestantes cuadros negros en que se indican con blanco los salmos que cantará la concurrencia y se ven acudir por todas las calles grupos de fieles. Algunas mujeres visten los antiguos trajes franconianos.

Muchos soldados vestidos de azul, ocupan los bancos de San Sebald y cantan con la concurrencia. Me acuerdo que en Munich, saliendo de los *Pinacothé-*

ques, me detuve en frente del anchopatio de un cuartel, donde unos sesenta soldados, reunidos en círculo, cantaban bajo la dirección de un oficial un coro del *Profeta*. Algunas semanas antes, me había avergonzado de oír la cencerrada de una tropa francesa que encontré en el camino de Versalles. ¡Qué dicharachos tan estúpidos! ¡Qué gritos tan salvajes! Si se enseñara así algo de música vocal á nuestros soldados ¿se debilitaría acaso su valor?

En la iglesia de Nuestra Señora, el sacerdote está

predicando: habla calorosamente y el auditorio parece satisfecho. El asunto, según he podido comprender, es la caridad. Al paso recojo una frase que me hace reflexionar:

«Amaos sinceramente: temed la suerte de esas grandes naciones divididas en dos clases: la una que envidia y amenaza sordamente; la otra que teme y por asegurar á sus bienes materiales la protección de la fuerza, malbaratan hasta su propia libertad.

E. CHARTON.



Carro de campesinos.

SIENA.

(ITALIA.)

POR EL DOCTOR CONSTANTINI.

1855.

I.

En wagon.—Por qué no van los ingleses á Siena y por qué deberían ir.—Salubridad del clima.—El baron Ricasoli y su vino de Broglio.—La divisa de Siena.—Siena ha sido una nación.—Originalidad de la ciudad y de sus habitantes.—Los *costarelle*.—Bueyes del país.—Terremotos.

El ferrocarril que sale de Empoli en la línea de Florencia á Liorna y conduce á Siena, atraviesa uno de los países más accidentados de Italia. La locomotora sube sin gran celeridad de colina en colina flanqueando la montaña y salva el valle por un gran viaducto, penetrando con estrepitoso ruido en las tinieblas de una galería subterránea, para reaparecer algunos minutos más tarde á la luz que desvuelve á los deslumbrados ojos del viajero un nuevo y risueño hori-

zonte. Desde la ventanas de los wagones se ven sucesivamente los viejos y ruinosos castillos y los alegres caseríos, escenas variadas del pasado y presente, de la leyenda y de la vida de cada día.

Por poco que estos contrastes predispongan á la reflexión, puede uno dedicarse á ellos sin temor de distraerse. Los wagones están casi siempre desiertos; algunos campesinos y traficantes en trigo ó en vino yendo de uno á otro mercado, porqueros que acompañan ordinariamente sus reses encerradas en wagones á propósito: he aquí todo lo que comunmente llevan los trenes. A menos que no quepa la buena suerte de caer en compañía de alguna amable señora del país, puede uno abandonarse á todas las fantasías de la imaginación ó á las más serias reflexiones.

A veces también en el fondo de uno de estos wago-